

# ETERNA VIDA O SEMPITERNA MUERTE

DE: Dr. Alberto Byelsa, Responsable de Psiquiatría del Hospital de El Poniente de El Ejido, Almería.

PARA: Dr. Diego Álvarez, Director de Psiquiatría del Hospital Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Madrid.

OBJETO: Consulta de cuadro clínico y diagnóstico.

Estimado colega, Me dirijo a usted como máxima autoridad en trastornos psicóticos para solicitarle que nos ayude a determinar el cuadro clínico de un paciente que ha ingresado en nuestra planta y nos aconseje sobre cuál sería, en su opinión, el tratamiento más indicado.

El sujeto es un varón de 42 años que muestra un trastorno psicótico agudo con conductas violentas, ideas delirantes y alteraciones de la percepción evidentes. No obstante, existe una ausencia de causas orgánicas tales como conmoción cerebral o esquizofrenia. Tras los análisis de sangre también se ha descartado la psicosis por ingesta de sustancias tóxicas. Inicialmente hemos tratado al sujeto con clozapina, no solo con el objetivo inmediato de reducir la agresividad y el riesgo, sino también para que el paciente se sienta subjetivamente calmado y más predispuesto al diálogo. Sin embargo, a pesar de la medicación solo hemos podido mantener con él dos sesiones de psicoterapia, insistiendo en ambas ocasiones en un relato absurdo y ajeno a la realidad.

Debido a que el paciente muestra resistencia a la clozapina, nos estamos planteando sustituirla por tratamientos más invasivos como la benzodiacepina o el ácido valproico. A continuación le pongo en antecedentes del caso.

El 6 de mayo a las 08.00 la policía local de Laujar de Andarax recibió una alerta telefónica de la propietaria del camping ubicado en el valle del pueblo. La señora manifestó que el día 3 de ese mismo mes se personó en su propiedad un hombre de mediana edad, llamado Saúl, que le comunicó que había acampado en una anchura a orillas del río, a unos 200 metros del acceso a su finca. Le explicó

que le gustaba la soledad y que por este motivo no pernoctaba nunca en los campings, pero que, sin embargo, le gustaría utilizar los servicios de comedor y ducha. La denunciante añadió que se trataba de un hombre amable y simpático con el que posteriormente mantuvo conversaciones muy agradables.

La mañana del 6 de mayo, cuando la mujer se dirigía al pueblo por la pista de tierra que transcurre paralela al río, comenzó a oír unos gritos ahogados que iban ganando en intensidad conforme avanzaba. Al llegar a la anchura del camino donde se veía plantada una tienda de campaña, la inquietud de la mujer ya se había transformado en auténtico pavor. Los terribles chillidos procedían del interior de aquella tienda. Segura de que Saúl había sufrido algún grave percance o de que se encontraba muy enfermo, se aproximó a la lona y le llamó por su nombre. Por un instante se hizo el silencio. Sin embargo, unos gritos aún más fuertes de desesperación, acompañados de lamentos y sollozos, la hicieron retroceder unos pasos. De tanto en cuando creía entender:

*¡Devolvedme mi alma! ¡Devolvedme mi alma!...* Según la denunciante, la tienda de campaña se agitaba como si dentro hubiera encerrado un animal salvaje. La mujer, presa del pánico, volvió corriendo al camping para comunicar el extraño suceso.

A las 08.25 un coche patrulla de la policía local se dirigió al lugar indicado por la mujer. Cuando llegaron pudieron certificar los mismos hechos que aquella había expuesto. Intentaron comunicarse con el individuo desde el exterior de la tienda. Sin embargo, estaba fuera de sí y parecía que no les escuchaba, por lo que tuvieron que decidirse a entrar, hecho que, según confesaron los agentes, les provocó cierta inquietud por la violencia de los gritos y la intensidad de los lamentos. Uno de ellos bajó la cremallera de la entrada y al instante un individuo se abalanzó sobre él, lo derribó y le rodeó el cuello con las manos intentando estrangularle, a la vez que profería con gran rabia de forma insistente: *¡Devolvedme mi alma!* El otro policía saltó sobre el atacante y consiguió, no sin gran esfuerzo, que retirara las manos del cuello de su compañero. Después de lo que los agentes describieron como un interminable forcejeo, consiguieron reducirle y esposarle. Incluso esposado, el sujeto completamente enajenado intentaba agredirlos. Se vieron obligados a llamar a una ambulancia cuya llegada tuvieron que esperar con el individuo inmovilizado contra el suelo, empleándose a fondo. Al llegar la ambulancia tuvo que ser sedado y fue trasladado al ambulatorio de Laujar de Andarax. El médico de cabecera del centro, tras escuchar el relato de los agentes de la autoridad a los que se los notaba muy

afectados por el incidente, no quiso correr riesgos. El sujeto fue trasladado al Hospital de El Poniente de El Ejido todavía sedado, donde ingresó en la planta de psiquiatría.

A las pocas horas de los hechos la noticia era ya sabida por todo el pueblo. Una mujer y un hombre se personaron en las dependencias policiales para interesarse por el suceso y por si podían servir de ayuda. Declararon que habían conocido al sujeto la noche del domingo 3 de mayo, último día de la Feria del Vino de la localidad. Ambos manifestaron su asombro y preocupación por lo ocurrido porque habían establecido de inmediato un vínculo de amistad con él. Lo definieron como un hombre muy sociable. Les había contado que era profesor de latín en la Facultad de Filología de Salamanca, pero que había pedido una excedencia de un año para viajar y escribir. Era un gran amante de la historia y, por ese motivo, estaba realizando un viaje por La Alpujarra. El lunes lo pasaron juntos y le enseñaron el pueblo y sus alrededores, en lo que calificaron como un día fantástico en su compañía.

En cuanto el sujeto fue trasladado al hospital la policía abrió diligencias para filiarlo y ponerse en contacto con sus familiares. Un hermano suyo se ha desplazado desde Madrid a El Ejido para hacerse cargo de la situación.

Adjunto le remito la transcripción de la sesión dos del paciente entre la que se segmentan apreciaciones que he efectuado durante la misma y que posteriormente he comentado y evaluado con mis colegas. Observaré varias formas de delirio que oscilan entre la exaltación y la angustia, pasando por el maníaco, melancólico, místico y de persecución. El humor está alterado de forma constante. A la actividad delirante de aparición súbita corresponden violentos estados afectivos. Unas veces el sujeto está exaltado y expansivo como un maníaco. Otras, por el contrario, se halla preso de gran angustia. Presenta interpretaciones delirantes de la realidad que en ocasiones incluso expresa con un discurso cargado de lirismo. Esta alternancia o esta combinación de excitación e inhibición es tan característica de los brotes delirantes polimorfos que hace que no nos pongamos de acuerdo en establecer un diagnóstico diferencial entre un bouffée delirante y una crisis maniacodepresiva.

A la espera de su estimada opinión, reciba un cordial saludo.

# ANEXO

*Hospital de El Poniente de El Ejido.*

*Segunda planta, Psiquiatría.*

*Transcripción de sesión del paciente Saúl González*

*Martín con el Dr. Alberto Byelsa.*

¿Por qué estoy aquí?... No estoy loco doctor. Tendría que ayudarme y dejarme volver. ¡Tengo que volver! No soy peligroso. Estoy sufriendo lo que ningún ser humano ha sufrido. Lloro desesperado día y noche perdido en serpenteantes tinieblas... Mi luz, doctor, ¿dónde está mi luz? Estoy inmerso en un mundo de sombras del que no consigo encontrar la salida... ¡Ayúdeme doctor! ¡Ayúdeme a recobrar mi alma!

*(Transcurren diez minutos de crisis de pánico posiblemente relacionada con algún acontecimiento perturbador, durante los cuales el sujeto profiere gritos, sollozos y palabras ininteligibles. Conseguimos calmar al paciente suministrándole una solución inyectable de Diazepam de 5mg/ml).*

¿Conoce La Alpujarra, doctor? ¡Oh! Es maravillosa... Siempre había querido visitarla. Llegué justo en primavera, como cuando Felipe II mandó a su hermano Juan de Austria a apaciguar la sublevación morisca. ¿Lo sabía, doctor? Supuso el fin de la reconquista. La Alpujarra es un lugar herido y bello. Es una irreductible tierra escarpada, enrocada en la naturaleza, que ha ofrecido resistencia a todo tipo de invasiones. ¡Qué belleza, doctor! Peñones, torres y casas abrazan las laderas, alternándose con terraplenes y alturas. Pasos de agua recorren sus insondables entrañas por secretos laberintos subterráneos... Pero esas aguas no son como la del mar, doctor. ¡No se confíe! El mar se muestra al momento tal como es, según su estado, pacífico o bravío. Las aguas subterráneas son misteriosas e imprevisibles. Desconocemos sus orígenes y sus propósitos. Pertenecen a un inframundo oscuro e impenetrable en el que la sangre humana ha ido calando lentamente a lo largo de los siglos.

*(La emotividad en el discurso del paciente denota que la afectividad está*

*alterada. Está inestable y voluble, no aplanada).*

Perdone que divague, doctor... No. No recuerdo la fecha exacta. Recuerdo que llegué a Laujar de Andarax un domingo, pero al bajar del autobús no entré en el pueblo. Tenía que buscar un sitio donde acampar. Tomé el camino del valle quebrado por el río sobre el que se alza el pueblo, majestuoso y humilde al mismo tiempo. En una amplia curva con una explanada a la derecha me topé con un bosque de álamos negros que se erguían como orgullosos soldados tocados con cascos empenachados en blanco. Las yemas de las ramas estaban repletas de immaculadas semillas de polen que pendían como infinitos racimos de uva. A la izquierda del camino, enfrentado a los álamos, un incesable estrépito me hizo descubrir, semiescondidos entre la vegetación, dos saltos de agua contiguos que desembocaban en una acequia sin fin y que estaban canalizados mediante dos grandes arcos de piedra. Parecía que me observaban, doctor... Permanecían vigilantes, siniestros y oscuros, derramando líquido con gran fuerza. Instintivamente di un paso hacia atrás y me alejé. Seguí una pista de tierra escoltado por el río a mi flanco izquierdo hasta que llegué a una anchura y me detuve a escuchar. El croar de las ranas me trajo a la memoria una nostalgia ya olvidada de una infancia a orillas de un río de Castilla, acompañado de mi padre. Los álamos negros me habían seguido por todo el paisaje y en esa misma anchura un solitario olmo centenario, asediado, aún les mostraba resistencia. Al verlo me vino a la memoria Antonio Machado: “al olmo viejo, hendido por el rayo y en su mitad podrido“... ¿Conoce el poema?... Monté la tienda de campaña a la caricia de su sombra. Me dio la sensación de que ese espacio de tres metros cuadrados estaba reservado para mí desde hacía mucho tiempo. El río y el pueblo ante la vista. A mi espalda una colina aterrazada se me antojaba una milenaria mastaba sagrada, erigida en honor a la naturaleza. La primavera besaba mis ojos, amarilla, roja y violeta, engamada en todas las tonalidades de verde existentes. El cielo infinito en constante movimiento me extendía su mano ofreciéndome la certeza de la existencia de Dios. ¿Usted cree en Dios, doctor? ¿Se acuerda de cómo era el antiguo Credo?... en la parte del inicio decía *creo en Dios Padre, creador de todo lo visible y lo invisible... Factórem visibílium óminum et invisíbilium...* ¿Por qué la Iglesia ha variado en la liturgia de hoy en día esta parte de El Credo, doctor?... Nunca me lo había preguntado... Como le iba diciendo, monté la tienda de campaña y continué andando por la pista. El camino terminaba en un camping aislado, pero el cauce del río proseguía: ascendía, trepaba, se aferraba a desniveles impensables, reposando de vez en cuando sus aguas en pacíficos remansos.

*(Los delirios melancólicos pueden ser exclusivamente intelectuales, sin el menor rastro de perturbaciones sensoriales. Cuando las alucinaciones se desencadenan es casi siempre por bouffées, súbitamente, sin ninguna sistematización. Sin embargo se detecta cierto razonamiento lógico en el transcurrir de los hechos y en las descripciones del paciente. En la próxima sesión, indagar en las creencias y valores religiosos del sujeto).*

Entré en el camping y me presenté a una señora muy simpática que era la dueña. Le rogué que no se ofendiera por no haber acampado en su terreno, que no era una cuestión de dinero. Simplemente me gustaba estar completamente solo. No obstante, añadí que si no tenía inconveniente utilizaría algunos de los servicios que ofrecía. Comí allí en una mesa destartalada que intentaba mantener el equilibrio entre la hierba, oyendo únicamente el rumor del río, los cantos de los pájaros y el croar de las ranas. Una felicidad plena me golpeó fugazmente con su dedo corazón en la frente. Después invité a la propietaria a que se sentara a tomar un café conmigo y hablamos y hablamos hasta bien entrada la tarde.

Al comenzar a desangrarse el sol deshice el camino aprovechando los últimos rayos de luz y me dirigí al pueblo. Al volver a pasar junto a los dos saltos de agua que le he descrito, frente a la explanada de álamos negros, sentí un gran desasosiego... ¿Le he dicho que llegué en domingo, doctor? Lo recuerdo porque era el último día de la Feria del vino en la localidad. ¡Qué gente más hospitalaria! Las cruces de mayo, esas que se elaboran con flores, adornaban las imponentes y blasonadas fuentes de piedra que se diseminaban por el pueblo. La plaza estaba circundada por puestos de catas del buen vino que regala esa tierra. Enseguida entablé relación con la amable gente del lugar, especialmente con una mujer llamada María Ángeles y un hombre llamado Enrique... ¿Me ha dicho que usted también se llama Enrique, doctor?... ¡Ah, no! ¡Alberto!... Fue como un reencuentro de viejos amigos desconocidos hasta ese día. ¿Ha tenido alguna vez esa sensación? Me presentaron a su vez a gran cantidad de amigos suyos y en cuestión de horas me encontraba integrado totalmente. No le puedo contar más del pueblo, doctor. Permanecemos en la plaza hasta que cerraron los puestos de vino. María Ángeles y Enrique se ofrecieron a mostrarme el lugar al día siguiente y yo acepté encantado. Nos despedimos y me dispuse a recorrer los veinte minutos andando que me separaban de mi espacio de reposo.

Cuando estaba a punto de salir del pueblo me topé con un anciano que estaba completamente borracho. Apenas se mantenía en pie. Estaba apoyado contra un muro de piedra, llorando y riendo a la vez, mascullando entre dientes y

balbuciendo palabras ininteligibles. Me sentí un poco incómodo. Al pasar a su lado el viejo me agarró del brazo con fuerza y con lágrimas en los ojos y mirada de locura me gritó con desesperación, señalando el valle del río: ¡No sigas hacia allí, muchacho! ¡No de noche! ¡Va a nevar, muchacho! ¡Va a nevar!... Era primavera, doctor, y durante el día había apretado el calor, llegando la temperatura hasta los treinta grados. Intenté tranquilizarle, pero no hubo manera de la borrachera que llevaba encima. No sabía qué hacer. Lo ayude a sentarse. Le ofrecí un cigarro y empezó a fumar en silencio con la vista perdida en la oscuridad de la hondonada como si hubiera penetrado en otra realidad que yo no discernía. Ni siquiera me oyó cuando le dije que me iba, que volviera a casa. Pobre hombre, doctor. Me dio verdadera lástima...

Continué mi camino. Los efectos del vino estaban empezando a pesarme a mí también. Al llegar a la curva de la explanada de los álamos negros no miré a la izquierda. Aunque el clamor del agua intentaba llamar mi atención no quise girar la cabeza hacia aquellos ojos de piedra medio ocultos que de forma instintiva e irracional me generaban desconfianza. Por fin llegué a mi tienda de campaña, exhausto, y me eché en el suelo sin ni siquiera quitarme la ropa. Fue una noche perfecta. Un dulce sueño reparador me retuvo en mi pequeño templo hasta las nueve de la mañana... Me despertó el recuerdo del anciano, doctor. Pensé: Pobre loco, doctor... Jajajajajaja... ¡Pobre loco!

*(El relato del paciente se ve alterado al final del episodio con una variación del humor. Pasa de nuevo de un estado de exaltación a otro de intensa angustia. A los quince minutos vuelve a estabilizarse).*

¿Por dónde íbamos, doctor?... Sí, sí... Me levanté corriendo porque había quedado con mis nuevos amigos a las diez en un bar de la Plaza del Ayuntamiento. Antes me acerqué al camping para darme una ducha y desayunar. Soy muy puntual, pero llegué quince minutos tarde porque al entrar en el pueblo no pude por menos que detenerme a contemplar la Sierra de Gádor desde el Mirador de La Vega. Era un día luminoso y pude comprobar que durante el día anterior no había apreciado aquella hermosura en toda su totalidad por ser de noche. Tomamos café y paseamos por el pueblo. Subíamos y bajábamos por estrechas callejuelas de presumidas casas encaladas, adornadas con flores. ¿Sabe que Francisco Villaespesa nació en Laujar de Andarax, doctor?... Contemplar su vivienda me trajo lejanos recuerdos de estudiante. La perfecta iglesia de Nuestra Señora de la Encarnación dominaba el pueblo y el alegre tañer de su campanario marcaba los ritmos vitales de los habitantes sin ellos saberlo. Nos detuvimos allí

un buen rato, charlando. Entonces Enrique sugirió a María Ángeles que fuéramos al Convento de San Pascual Bailón ya que estábamos al lado. Noté que a mi amiga no le hizo mucha gracia. Según aseguró insistentemente era peligroso porque amenazaba a ruina.

Enrique le prometió que no nos arriesgaríamos a penetrar en las estancias interiores y María Ángeles cedió finalmente. Avanzamos por la Calle de la Iglesia hasta ascender por la Calle Santo Cristo. El cadáver en semidescomposición de un imponente convento se me mostró ante la vista como una aparición de otra época, dejándome absorto. Enrique me confesó que esa visión le producía el mismo efecto que a mí y que había pasado horas y horas en su interior intentando recuperar la historia y la memoria de aquel olvidado. ¡Maldita la hora en que fui allí, doctor! ¡Maldita sea la hora!... *Pater Noster qui es in caelis, santificétur nomen tuum, adveniat regnum tuum, fiat volúntas tua...* ¿no era más bonito el Padre Nuestro en latín, doctor? ¿Le he dicho que soy profesor de latín?...

*(Segunda referencia a valores cristianos católicos con intensa labilidad emocional).*

Perdone, doctor... Nos quedamos detenidos, silentes frente al acceso al claustro de la fachada sur. El claustro constituía el módulo central del edificio limitando al este con el convento y al oeste con la iglesia. Me sentí un poco desorientado y pregunté a Enrique que si el sol no salía por nuestra derecha, a lo que me respondió que sí. Contraviniendo los cánones seguidos desde el Concilio de Nicea por los que los ábsides de las iglesias se orientan hacia el amanecer, hacia la resurrección de la vida, este ábside se orientaba hacia el oeste, hacia el ocaso, hacia la muerte. Me resultó bastante extraño, doctor... Al claustro se penetraba por dos puertas dinteladas que daban paso a un pequeño zaguán. Entramos y nos estremecimos con el brusco cambio de temperatura. A pesar de que el sol golpeaba con fuerza no conseguía alterar el clímax interior del convento. La planta del patio era cuadrada. Estaba rodeada de galerías porticadas abiertas al exterior a través de arcos de medio punto, sostenidos por pilares de ladrillo, revocados con estuco y argamasa. El rojizo del ladrillo se entremezclaba con el verde intenso de la vegetación salvaje que competía por ganar siempre más y más espacio, asfixiando a una higuera que se retorció, desesperada, en busca de claridad. Más arcos de medio punto, estos repletos de oscuridad, hacían adivinar accesos a otras dependencias. Sobre la primera arquería perimetral del patio se elevaba una segunda superpuesta cuyas galerías recorrían el segundo



piso. En el centro, como es habitual, se veía el pretil de un pozo tallado en piedra. ¿Quiere saber otra rareza del lugar, doctor?... Me aproxime al brocal y descubrí que no era un pozo sino un gran aljibe. Estaba lleno de basura y seguro que había cadáveres de animales porque desprendía el olor dulzón de la muerte. Miré a mi entorno desde el centro. Restos muy deteriorado de grisallas y estuco azul revelaban extintas pinturas murales superpuestas que habían decorado en el pasado los muros y las bóvedas. Me aproximé hacia ellas intentando descifrar algún grabado de otro tiempo. Enrique me comentó que había fotografiado todas, pero que ya no se podía distinguir nada en concreto. Además añadió que en algunos muros había cartelas epigráficas, aunque que hoy en día resultaban ilegibles. Pasamos por delante de varias. Solo en dos se averiguaban algunos indicios de palabras. En una de ellas conseguimos primero intuir, después descifrar, una línea inferior precisa: eterna vida o sempiterna muerte. Esa frase laceró mi curiosidad y los tres pasamos un buen rato elucubrando sobre posibles palabras o letras que se pudieran revelar en las líneas superiores. Fue imposible. Aún así me empeñé en sacar fotografías doctor. ¿Por qué lo haría?.. No debería haberlo hecho. Mis amigos continuaban hablando, pero yo ya estaba ausente. Solo había una frase que mi mente se obstinaba en repetir una y otra vez. Al resto de la construcción solo nos asomamos por sus puertas de ingreso debido a que María Ángeles tenía razón. Era peligroso. Pesadas vigas de madera y ladrillos habían cedido al transcurrir de los años cayendo al primer plano desde el segundo. El lugar me dejó marcado, doctor. Nada más pisar el exterior tuve la certeza de que pronto volvería. Me invadió una necesidad incontrolable de saber más sobre los secretos de aquel templo orientado al ocaso. Creo que María Ángeles, que ya había empezado a conocerme un poco, lo averiguó en mi mirada y me ordenó con severidad que ni se me ocurriera volver solo.

*(Se observa en el discurso del paciente indicios de trastorno obsesivo compulsivo. Tras el escáner realizado se descartan lesiones y funcionamiento anormal en áreas del cerebro).*

Pasamos juntos el resto de la jornada y al atardecer me despedí con cierta pena de María Ángeles y Enrique. Tenía una ruta de viaje establecida y al día siguiente tenía que partir hacia La Alpujarra granadina... Pero por la noche noiqué ojo, doctor... Unas palabras del Convento de San Pascual hacían retumbar una frase en todo mi ser con un eco interminable. Me levanté al clarear la mañana y no desmonté la tienda de campaña. Volví al pueblo y esperé a que la biblioteca municipal abriera. No se lo creerá, doctor, pero permanecí allí todo el día. Tras varias horas descarté toda posibilidad de que aquella oración

correspondiera a una cita bíblica. El oscurantismo del significado de esas palabras me llevó a revisar literatura de la alta y baja edad media... Pero nada.

Estaba decepcionado y malhumorado. Iba a perder un día de precioso tiempo sin obtener información alguna. Sin embargo, doctor, a veces el destino es caprichoso.... ¿Cómo no había caído antes? Tenía que buscar el hilo conductor partiendo de los fundadores del convento, de los franciscanos, ¿no?... Empecé a indagar en esa dirección hasta que di con un artículo que abordaba la poesía mural religiosa compuesta por franciscanos poetas, en su mayoría anónimos, escrita en paredes y muros de iglesias y conventos del sureste español. Lo examiné meticulosamente. A la mitad del estudio el corazón me dio un vuelco. Una octava real del claustro del Monasterio de Santa Ana de Jumilla mostraba una completa coincidencia en su última frase. No tuve ni que pasar a papel aquella octava porque tras leerla repetidamente se me grabó a fuego en la memoria:

*Gozas hoy sangre ilustre, edad florida:*

*Después serás en letras instruido.*

*Después tu ciencia se verá aplaudida.*

*Después en dignidad constituido.*

*Después descanso y deleitosa vida.*

*Después fama y renombre esclarecido.*

*¿Y después? ¿Y después? ¡Oh trance fuerte!*

*Eterna vida o sempiterna muerte.*

¡Qué ciego había estado, doctor! El autor del artículo comentaba al respecto que el epígrafe final era una expresión típica del barroquismo metafísico. Eterna vida, pero muerte, aún más eterna, sempiterna. En la cámara digital amplíe al máximo la fotografía que había realizado. Partes de palabras y signos de exclamación que habían sobrevivido mejor al deterioro del tiempo coincidían a la perfección. No había duda. Ese era exactamente el mensaje. ¡No cabía en mí de alegría, doctor! Una gran excitación me invadió y observé que la bibliotecaria me miraba de reojo, dudando en si llamarme o no la atención. Ya me podía ir de

Laujar de Andarax satisfecho. ¿Por qué no lo haría, doctor?... ¡Debería haberlo hecho!

Cuando salí del edificio la luz vespertina se había extinto. Las campanadas del reloj de la Plaza del Ayuntamiento me anunciaron que eran las nueve. No había comido nada en todo el día, por lo que busqué un bar a las afueras del pueblo para no coincidir con Enrique ni con María Ángeles. No sé, doctor... me daba vergüenza que consideraran que mi conducta era un tanto excéntrica. ¿A usted le parece raro, doctor? Además, para ellos ya me encontraba en la alpujarra granadina.

*(Da la sensación de que el sujeto, de alguna forma, es consciente de su estado alterado de conciencia. Puede ser un buen método focalizar el tratamiento de psicoterapia partiendo de este punto).*

Apuré la tercera cerveza. Eran las once de un martes y las calles solitarias se empeñaban en silenciar el ruido de mis pasos. Deambulé por el centro disfrutando de la visión del firmamento reposando mansamente sobre el pueblo. ¿Por qué no haría caso a mi amiga, doctor?... Me sorprendí de nuevo en la fachada sur del convento. Las puertas del claustro, como dos faros negros, irradiaban oscuridad contra la blanda luz emanante de la luna. Encendí la linterna que siempre llevaba para desandar el camino que recorría de noche hasta la tienda de campaña. Rasgué las tinieblas y fui directo hacia la cartela epistolar a la que ya podría ver en su completa desnudez. Repetí y repetí el texto aprendido. Sin duda eran mis palabras lo que la poesía mural expresaba en su época. Aún así no me conformé con eso. Desplacé con gran esfuerzo un trozo de viga que dormitaba con pereza sobre la tierra, la apoyé contra la pared, trepé sobre ella alrededor de metro y medio, apoyé mi mano izquierda bajo el epígrafe y aproximé al máximo la mirada, enfocando el texto con la linterna. Sonreí. Así era. Salté del madero y al retirar la mano del muro oí el leve rumor de algo que había golpeado sutilmente el suelo enlosado. Era una fina capa de escayola. Projecté la luz hacia la parte baja del último verso y donde antes había apoyado la mano descubrí unas letras. ¡Imposible! ¡La octava real estaba completada! ¡No podía haber nada más escrito! Brinqué de inmediato sobre la viga. ¿Le he dicho que soy profesor de latín, doctor? Ante mis ojos aparecieron, como aparece la carne rojiza al retirar la piel de una ampolla, dos palabras en latín: ex ementita... ¡No era lógico, doctor! Tenía que ser un añadido posterior porque le insisto en que la octava era eso, una octava, y estaba finalizada. Rasqué los bordes irregulares del nuevo hallazgo que se descascarillaron sin dificultad. Una frase

rezaba en caracteres gráficos distintos al poema: *ex ementita nive fugit quam reppulit caelum*. Perdón doctor... Le traduzco: *Huye de la falsa nieve que el cielo ha rechazado*. Aquello no tenía sentido... ¡No tenía que estar ahí! La reproduje en un trozo de papel arrugado que llevaba en el bolsillo, aunque ya la había anotado por siempre en la memoria. Me estallaba la cabeza de estar pensando todo el día en aquel maldito convento que había subyugado toda mi atención. ¡No podía más! Me dije ¡Ya basta!...

Abandoné el lugar, crucé el pueblo y tomé el camino hacia la pista de tierra. La nueva frase martilleaba mi cabeza con un amenazante imperativo que emergía de lo más profundo de mi ser como un mecanismo intuitivo de defensa: ¡Huye! ¡Huye!... Me di cuenta de que inconscientemente, a medida que se me repetía más y más esa palabra, más apretaba el paso hasta percatarme de que estaba corriendo. Me paré en seco y respiré profundamente. Reí y reí. ¡Qué forma extraña tiene a veces el subconsciente de influir en las personas! ¿Por qué corría? Recuperé el aliento y con él la calma, reanudando un andar firme y pausado, admirando la bella y solitaria noche, fundiéndome en ella con una dicha plena. El bullicio del agua de los oscuros y profundos ojos de piedra castigando la acequia me sacó de mi éxtasis, anunciándome la llegada al territorio conquistado por los álamos negros. Con el último paso que di antes de detenerme a contemplar el paisaje de ensueño se alzó una leve brisa procedente del norte. Las semillas de blanco infinito comenzaron a desprenderse de los penachos de los álamos, flotando dulcemente en el aire hasta dejarse caer en el suelo.

No se lo va a creer, doctor. En unos instantes me vi inmerso en un campo de nieve, pura como la nieve pura. Y nevaba y nevaba sin tregua... De pronto, el sonido atronador del agua cesó y se quebró el tiempo. Un relincho de angustia surgió de los inquietantes ojos pétreos. Me giré sobresaltado hacia ellos. Un animal de pesadilla semejante al cadáver en estado de descomposición de un caballo se contorsionaba y retorció, descoyuntando sus huesos, luchando desesperadamente por escapar a través de uno de los arcos por los que antes brotaba el agua. Un fragor de metales, lamentos y alaridos espoleaban la aterradora visión. ¡Y surgieron, doctor! ¡Surgieron! En un difuso tono azulado y blanco gélido. Espectros del pasado tocados con yelmos de hierro y turbantes, de rostros desencajados por suplicio y tormento, aullando y gimiendo de espanto y rabia, muchos luchando entre ellos. ¡Me rodearon, doctor! ¡Estaba rodeado! ¡No tenía escapatoria! Algunos resollaban agonizantes y los que tenían miembros amputados avanzaban hacia mí, arrastrándose! ¡Era el epicentro de una violenta

y fantasmal locura! ¡Metal contra metal! ¡Estertores y bramidos de muerte me circundaban! Con sus pálidas y descarnadas manos traspasaban mi cuerpo y se aferraban a mis entrañas... Y tiraban y tiraban... Noté que algo cedía en mi interior, doctor, algo muy hondo que cuando se desprendió de cuajo exorcizó en el acto las apariciones que me rodeaban. Caí de rodillas, jadeando. No podía dejar de palparme el pecho. Una intensa aflicción y un gran dolor lo habían anegado. ¡No tenía luz, doctor! ¡Me habían arrancado el alma!

Cuando cierro los ojos siento que vago sin descanso, sin rumbo, sin fin, en un laberinto de oscuridad por el interior de aquellas montañas. ¡Ayúdeme, doctor! ¡Ayúdeme a recuperar mi alma!